

# Del tuit a las humanidades. Discurso y ciudadanía en la era Trump

Luis Martín Estudillo, Nicholas Spadaccini  
luis-martin-estudillo@uiowa.edu, spadaa001@umn.edu

La elección de Donald J. Trump como presidente de los Estados Unidos ha causado consternación global debido al caos que parece reinar entre su equipo de gobierno, su narcisista preocupación por su imagen y la marca comercial que lleva su apellido, y una visión del mundo de suma cero manifestada –con grandes limitaciones discursivas– sobre todo por medio de tuits. Con estos mensajes frecuentemente incendiarios se ha enfrentado a individuos, a naciones, a instituciones de dentro y fuera del país, y a la prensa libre, que viene publicando información poco favorable acerca de sus conflictos de interés y los posibles apañes electorales llevados a cabo con la complicidad del Kremlin. El presidente rechaza estas revelaciones calificándolas de *fake news* (noticias falsas).

Un anticipo de lo que sería su liderazgo podía intuirse en las agresivas campañas electorales que protagonizó, basadas en una táctica de tierra quemada. La primera le enfrentó en primarias contra oponentes republicanos a los que no dudaba en ridiculizar con pueriles sobrenombres: para Trump, sus rivales eran el «cansado» Jeb Bush, «Marquitos» Rubio, el «trolero» Ted Cruz, etc. Seguidamente, cargó contra la demócrata Clinton, «Hillary la corrupta». La exsecretaria de Estado sufrió una amplia gama de ataques, que fueron desde el gravísimo asunto de la implicación rusa hasta la bufonada, como cuando Trump intentaba incomodarla en un debate televisado acechándola a imitación de las peleas de lucha libre, en las que el ahora presidente había participado ocasionalmente por invitación de su amigo Vince McMahon, un empresario dedicado a dicho espectáculo (véase Pearson).

Trump acompañaba este antagonismo tan irrespetuoso como frívolo con una repetitiva lista de agravios y de posiciones extremistas: el candidato agitaba, entre otros asuntos, los males del libre comercio, la promesa de construir un muro en la frontera meridional sufragado con dinero mexicano, la aplicación de una política de *extreme vetting* (máxima inquisición) con los refugiados musulmanes, la estigmatización de los inmigrantes indocumentados, la exigencia de mano dura policial y jurídica con las minorías étnicas... Además de los segmentos más

conservadores del electorado, su discurso encontró simpatizantes entre muchos votantes que no se sentían representados por las élites de ambos partidos en Washington. La carnaza que Trump les ofrecía se basaba en una retórica tomada de grupos de la llamada *alt-right* o «derecha alternativa» (en realidad, un eufemismo con el que referirse a sectores ultraconservadores apadrinados por la revista electrónica *Breitbart News*). El eslogan «Haz América grande de nuevo», tantas veces coreado durante la campaña, condensaba una serie de promesas alejadas del centro político. Estas incluían dar pasos atrás en la globalización y los tratados de libre comercio, controles estrictos de la inmigración tanto reglada como ilegal, el rechazo de los acuerdos sobre cambio climático, y el uso de decretos presidenciales para sortear los procesos legislativos con el fin de desregularizar todo tipo de prácticas comerciales polémicas y permitir abusos contra el medio ambiente. A la derecha evangelista, otro de sus apoyos, le prometió el decisivo nombramiento de miembros tan conservadores para el Tribunal Supremo como pudo serlo el fallecido Antonin Scalia; el primero en ser nombrado por Trump con esas características ha sido el juez Neil Gorsuch. Otros objetivos de sus políticas siguen saliendo a la luz poco a poco, como los combates contra la presencia de personas transgénero en el ejército o la discriminación positiva, por citar solo dos asuntos de aquellos que estos grupos reaccionarios consideran que han ido socavando la grandeza de la nación. Parece que esto es lo que Trump quería decir cuando hablaba de «limpiar la ciénaga» en la que, según sus círculos, se había convertido la capital federal.

Pero si Trump se ha erigido, entre bufonadas, en protagonista absoluto de la actualidad mundial desde su elección como presidente no se debe a las iniciativas que ha tomado, hasta ahora llamativamente escasas. Su notoriedad deriva, principalmente, de sus manifestaciones, que suele realizar a través de Twitter o en mítines en los que le arropan sus todavía numerosos seguidores. Muchas de las noticias que genera el presidente se centran en qué dice y cómo se dirige a la ciudadanía, a sus amigos y a sus adversarios. Sus declaraciones prescinden con frecuencia del tono institucional, entrando en fuerte disonancia con los usos de los gobiernos democráticos occidentales. Ante situaciones en las que la mayoría de sus homólogos buscarían mesura y conciliación, Trump sigue explotando el feroz antagonismo del que hizo gala durante la campaña electoral, así como los mitos difundidos por él mismo acerca de sus supuestas dotes de gran negociador. Esta imagen ha estado presente desde el éxito comercial de *The Art of the Deal* (El arte del acuerdo), un libro de 1987 presentado bajo su autoría pero escrito por Tony Schwartz (véase Mayer), y el concurso televisivo *The Apprentice* (El aprendiz), un reality show en el que el premio para el ganador era... trabajar para Trump.

Trump vive en su propio universo cuyo centro de referencia es el poderoso caballero don dinero, respaldado ahora por la presidencia y el poder que ese cargo implica. Desprecia abiertamente datos irrefutables, como los referidos a

las finanzas públicas o el cambio climático, e insulta sin reparo a colectivos enteros: muy significativamente, el de la prensa seria, su gran competidora en lo que respecta al establecimiento del relato sobre la actualidad. Para él, todo lo que no cuadra con su versión de este es identificado como *fake news*; mediante esta táctica, respaldada por sus tuits pendencieros y los mítines de estilo electoral que sigue celebrando como presidente, apela continuamente a las masas que votaron por él. Eso no quita que recientemente su frustración con el ala más institucional del Partido Republicano le haya empujado a alcanzar acuerdos transitorios con los líderes de la oposición, lo que ha desencadenado las críticas de sus defensores, especialmente los comentaristas que trabajan en los medios más reaccionarios.

La elección de Trump fue una sorpresa desagradable tanto para los demócratas (especialmente los asociados a la nueva izquierda) como para los republicanos alejados de las tendencias más extremas dentro del partido, representadas por el Tea Party y la llamada derecha alternativa. En el caso de los demócratas, la pérdida de la elección presidencial puede achacarse a toda una serie de factores. Cabe subrayar entre ellos el abandono en el que se sienten los grupos de clase media y trabajadora tradicionalmente asociados a las plataformas de un partido que antes se percibía más acogedor, orientado hacia el bien común, y con una visión de Estados Unidos proyectada hacia el futuro. Unos principios recogidos por el compromiso con la «esperanza y cambio» de Barack Obama, o incluso la «mañana americana» de Ronald Reagan, el republicano que atrajo a muchos de los votantes blancos de clase trabajadora que los demócratas tampoco pudieron captar en la última cita electoral. En cambio, la visión articulada por Trump enfatiza una pérdida que se corregiría con recuperación de valores económicos y del cristianismo evangélico pasados por el filtro de la «derecha alternativa».

Pero no se trata aquí de volver sobre datos conocidos acerca de la naturaleza del gobierno de Trump y las reconocibles tendencias autoritarias de su actor principal. Buscamos arrojar algo de luz sobre los factores que han contribuido a generar el ambiente político altamente polarizado que parece haber facilitado su ascenso al poder. En especial, sobre los debates en torno a los temas –difícilmente separables– de la comunicación política y la libertad de expresión, así como el retraimiento de la izquierda estadounidense hacia problemáticas identitarias (para algunos, otra forma de narcisismo), todo ello particularmente apreciable en campus universitarios como los dos en los que ambos autores trabajamos (grandes universidades públicas de investigación), pero asimismo en el resto del sistema de educación superior del país.

La polarización que caracteriza la etapa Trump no puede desvincularse de debates candentes acerca de la libertad de expresión y otras asociadas, como la de cátedra, que ya estaban a la orden del día en los medios de comunicación, universidades y círculos de activismo político antes de que se inaugurara esta presidencia. Estos debates (especialmente en lo relacionado con el discurso político) tienen una larga tradición en Estados Unidos. Se basan en la primera enmienda

a la Constitución, un texto interpretado variablemente por generaciones de juristas y que también ha llegado a tener una «amplia presencia *cultural*» fuera de los tribunales, como por ejemplo, cuando se identifica en términos absolutos con la soberanía del consumidor (básicamente, la libertad de elegir los bienes que uno consume, entre ellos la información), como señala Cass R. Sunstein (p. 196). Como nos recuerda el mismo Sunstein, esta libertad «no es un absoluto» ya que el gobierno puede regular asuntos como la obscenidad, la publicidad o la protección del honor. Las preferencias de la ciudadanía, por otro lado, no se generan en un vacío, sino que están moldeadas –en la práctica, limitadas– por prácticas e instituciones preexistentes, incluyendo el mercado de comunicaciones. Sunstein subraya que «las opciones ilimitadas para el consumidor pueden hacer peligrar las precondiciones de un sistema de libertad de expresión que incluye el ser expuesto [a ideas y planteamientos no escogidos con antelación] y a experiencias colectivas... El principio de libertad de expresión tiene que ser leído en términos de un compromiso con deliberaciones democráticas» (Sunstein, p. 202).<sup>1</sup>

Las reflexiones de Sunstein tienen especial relevancia porque hoy día, en Estados Unidos, los debates en torno a los tipos de discurso que convienen al bien común han regresado a las calles de numerosas ciudades, en las que hemos vuelto a ver enfrentamientos abiertos acerca de polémicas discursivas que no se han limitado al intercambio de opiniones. Estas situaciones reflejan la perduración de hondos problemas históricos, como el racismo, que continúan causando dolor y división. Quedan como muestra los sucesos de Charlottesville (Virginia) en agosto de 2017: violentos altercados producidos por los racistas defensores de lo que representaba el monumento a un militar confederado, y la reacción de Trump al no distinguir entre la manifestación de los neonazis y la contramanifestación de varios grupos de izquierda, entre ellos los de Antifa (antifascistas y anarquistas). Así que no estamos ante una cuestión de meros juegos de lenguaje. Ante la realidad del sufrimiento –y a veces muerte– de quienes se ven envueltos en varios tipos de debates y manifestaciones, resulta indiscutible que lo que se dice (y lo que se calla) puede tener efectos tan tangibles como lo que se hace.

En Estados Unidos vivimos en una sociedad donde se privilegia la libertad de expresión (como derecho constitucional) por encima de otras consideraciones como la protección de grupos o relatos sensibles; por ejemplo, resulta casi inconcebible prohibir grupos o discursos que nieguen el Holocausto, algo que sí ocurre en otros países. Ello, por supuesto, no significa que no existan graves tensiones al respecto, incluso en los campus universitarios. Aunque se los vea como un reducto ideal del libre y respetuoso intercambio de ideas, lo cierto es que es posible trazar una historia de la represión de la libertad de expresión en las universidades estadounidenses, como ha hecho de forma sucinta Todd Gitlin.

1. Todas las traducciones que aparecen en el artículo son obra de los autores. Los números de página hacen referencia al texto original.

Hoy día, los que más se quejan de estas limitaciones son los conservadores, que sostienen que no tienen suficientes representantes entre el profesorado y que sus voces son objeto de escarnio o censura previa las raras veces que se les invita a hablar en el campus. En algunas universidades norteamericanas se respira hoy en día un aire de intransigencia que contrasta con el movimiento por la libertad de expresión de la década de los años sesenta, con tendencias contestatarias que no excluían la posibilidad de un debate político. Según Jack Citrin, catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad de California en Berkeley (citado por McLaughlin), en los campus se está dando una erosión del intercambio abierto de ideas, que viene a sustituirse por una banalizada versión de la psicología de las emociones. Muchos administradores universitarios, presionados por grupos politizados de su estudiantado, cancelan invitaciones a oradores cuya presencia había sido programada previamente, porque temen que se produzcan confrontaciones violentas. Estas situaciones se dan especialmente si la ponencia no es estrictamente académica y se relaciona con ciertos temas, entre los que destacan Israel, la religión, el aborto, o problemáticas raciales o de género. Con todo, el mismo artículo deja claro que buena parte del estudiantado tiende a defender la libertad de expresión si percibe que no se hiere la sensibilidad del público. La posición de ACLU (American Civil Liberties Union), influyente organización defensora de la libertad de expresión y gran opositora de muchas decisiones ejecutivas de Trump, también condena cualquier intento de suprimir lo que entiende como un derecho fundamental. Alarmada por la censura que ocasionalmente ejercen algunos administradores o grupos estudiantiles en los campus, la organización ha recordado que los discursos más ofensivos o contrarios al modo de vida de la mayoría merecen igualmente protección constitucional: «En lo que respecta a las expresiones racistas, misóginas, homófobas y transfóbicas, ACLU cree que más debate (no menos) es la respuesta más consistente con nuestros valores constitucionales» («Speech on Campus»).

Muchas de estas encendidas controversias derivan de los inagotables debates en torno a la amplia cuestión de la «americanidad»: aquello que define y distingue los Estados Unidos, en una forma desacralizada y de alcance global de la doctrina del «destino manifiesto» con la que en el siglo XIX se subrayaba la diferencia de esta república de las viejas naciones europeas. Desde entonces, nunca han dejado de enfrentarse diversas concepciones de la identidad estadounidense, entendida por algunos como una excluyente repetición de lo mismo (una nación fundamentalmente blanca y protestante) frente a quienes defienden el peso decisivo del multiculturalismo (un país étnica y culturalmente diverso). El mismo debate acerca de las formas de patriotismo, un fenómeno que en Europa sigue asociándose mayormente a un nacionalismo destructivo, se considera en Estados Unidos un componente positivo a lo largo del espectro político. Las problemáticas raciales, como ya pasara en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, son centrales en muchas de estas polémicas. Las controversias no se limitan a estos

temas; otros, como el papel político y militar de Estados Unidos en el mundo, resurgen puntualmente: a la intervención de la primera potencia en distintas guerras se suma ahora su responsabilidad en la sostenibilidad del planeta.

Aunque los temas de disenso no difieran sustancialmente de muchos de los que ya estaban en el candelero durante la presidencia de Obama, es innegable que el tono en que se dirimen y el papel que tiene la presidencia en los debates es radicalmente diferente. Ha sido durante los meses que llevamos de la presidencia de Trump cuando estas discusiones parecen haber llegado a su paroxismo. Para Trump y algunos de los segmentos que le apoyaron en las pasadas elecciones, el discurso de «corrección política», con su cuidadoso tratamiento de lo referente a las mujeres y grupos minoritarios, es una fuerza destructiva identificada con políticas identitarias promovidas por las universidades y gran parte de los medios de comunicación; es decir, aquellas entidades progresistas que están en la vanguardia contra el trumpismo y sus intentos de devolver a Estados Unidos a una época supuestamente dorada que se caracterizaba por la exclusión de las diferencias y la ideología del *melting pot*. El horizonte de expectativas en lo referente a las deliberaciones democráticas se ha hecho añicos: lo único que parece garantizado es que el presidente seguirá tuiteando sin (auto)control, y que los medios seguirán entre fascinados y aterrados.

El conflicto entre Trump y la prensa, en cierto modo, beneficia a ambos bandos, al menos en lo que se refiere a lo que podríamos llamar una economía de la atención. El periodismo serio vive un momento trascendental, tanto por la renovada importancia de su labor ante un gobierno consistentemente alejado de la verdad, como por los formidables desafíos que la era de Internet ha supuesto para el negocio que sustenta su misión. Paradójicamente, Trump resulta beneficioso para la cuenta de resultados de estas empresas a las que ataca repetidamente; por ejemplo, los noticieros televisivos que más se centran en el presidente han ganado audiencia, mientras que los que diversifican su cobertura la han perdido (Smith). Los grandes diarios de referencia, como *The New York Times* (que el presidente calificó de «fracasado») o *The Washington Post* (cuyo propietario es el magnate Jeff Bezos, que fundó y sigue dirigiendo Amazon, el gigante del comercio electrónico) han registrado récords de circulación desde la elección de Trump.

Pero los debates cívicos ya no se dirimen principalmente en las páginas de la prensa ni en «town hall meetings» o ágoras municipales (aunque siguen celebrándose). El impacto de las redes sociales en la política estadounidense es innegable al menos desde la primera elección de Obama, cuyo equipo hizo un uso magistral de las mismas. Lo que no está claro es que sirvan para ampliar las miras de quien los emplea; más bien, parecen contribuir al narcisismo identitario y la reafirmación ideológica. Como escribe el antes citado Sunstein, mediante el voraz consumo de esos medios la ciudadanía se expone principalmente a mensajes que vienen a ser un eco más ruidoso de lo que ya opina, dejando de lado puntos de vista divergentes e informaciones más diversas.

Sunstein distingue entre soberanía del consumidor y soberanía política. Para los que dan valor a esta última, «nosotros, el pueblo» (palabras con las que se inicia el preámbulo a la Constitución) es un sujeto que «reflexiona acerca de lo que queremos mediante el intercambio de información y perspectivas diversas... El proceso político da forma a lo que queremos, como individuos y como comunidad. La idea de soberanía política da forma al autogobierno democrático, entendido como requisito de «gobierno deliberativo», acompañado de discusión razonada en el dominio público, donde personas diferentes hablan y se escuchan respetuosamente, incluso cuando están en un conflicto intenso» (Sunstein, p. 54). Por otro lado, la soberanía del consumidor, como anticipamos anteriormente, implica que este obtiene precisamente lo que quiere por medio de suscripciones a medida a servicios de información editados para «conformarse a una filosofía e intereses particulares», como avanzaba Bill Gates ya en 1995 (citado en Sunstein 53). Sunstein concluye que «si creemos en la soberanía del consumidor, y si celebramos el poder para filtrar [la información y el debate], es probable que pensemos que la libertad consiste en la satisfacción de preferencias privadas, en la ausencia de restricciones de las elecciones individuales» (58). Para él, las obvias ventajas de un sistema de comunicación con posibilidad ilimitada de elección puede, en algunos sentidos, ir contra los intereses «de la ciudadanía y el autogobierno, y no deberían rechazarse en nombre de la libertad los esfuerzos para aminorar el problema» (175).

En otro libro reciente, Mark Lilla reivindica el concepto de ciudadanía, subrayando que posibilita un «lenguaje político para hablar sobre una solidaridad que trasciende adscripciones identitarias» (123). Al ir más allá de estas comunidades de intereses, una noción más inclusiva de ciudadanía «proporciona una manera de animar a la gente a identificarse entre ellos; o, al menos, una forma de hablar sobre lo que comparten. Hay buenas razones por las que los progresistas deberían dejar de enmarcar sus llamadas a la justicia económica en términos de clase y, en su lugar, apelar a nuestra ciudadanía compartida» (126) y, por ende, deberían luchar por el refuerzo de los derechos de sus conciudadanos. Según Lilla, durante las cuatro últimas décadas dos ideologías han contribuido a la descomposición de la ciudadanía. «A la derecha, una ideología que pone en duda la existencia del bien común y niega nuestra obligación de ayudar a nuestros conciudadanos, si es necesario por medio de la acción del gobierno. A la izquierda, una ideología institucionalizada en las universidades, que fetichiza nuestras adscripciones individuales y de grupo, que aplaude el ensimismamiento, y que sospecha de cualquier invocación a un *nosotros* universal y democrático.» (132-133). Este giro del progresismo hacia cuestiones relacionadas con cuestiones étnicas, de género o preferencia sexual parece haber postergado otros aspectos de la dimensión cívica del ciudadano, como los problemas de clase, advierte Lilla. La derecha ha sabido aprovecharlo, caricaturizando a los progresistas como élites que han olvidado al «estadounidense medio», y apropiándose de preocupaciones que resuenan entre

colectivos amplios, como las económicas o las de seguridad. Con ello los republicanos han conseguido controlar no solo las instituciones del gobierno federal, sino también buena parte de los órganos municipales y estatales.

Esas élites progresistas son en buena medida el producto de nuestro sistema universitario. Desde los años ochenta, muchos de los cursos que se ofrecen en los departamentos de humanidades de las instituciones estadounidenses de educación superior están basados en nociones limitadas de identidad étnica o sexual, por ejemplo. Lilla considera que aunque esto ha formado a una generación más tolerante con las diferencias, este énfasis en la identidad se ha convertido en una «fuerza despolitizadora», pues ha «socavado el *nosotros* universal y democrático sobre el cual puede levantarse la solidaridad» (137). Lilla concluye que la resistencia a Trump y lo que este representa depende de un cultivo de la ciudadanía «con pasión y compromiso, pero también con conocimiento y argumentación», y apunta que ello implicaría una búsqueda del bien común y una visión política abarcadora. Esto es algo que la Nueva Izquierda (no obstante sus grandes contribuciones en áreas como la protección del medio ambiente y los derechos humanos y en apoyo de movimientos sociales identitarios) no ha sabido articular dentro del Partido Demócrata, que todavía carecería de «una visión progresista del futuro compartido de los estadounidenses» (78).

Concordamos con Sunstein, Lilla y otros pensadores como la filósofa Martha Nussbaum en que los procesos políticos y sociales a los que hemos asistido en Estados Unidos durante los últimos tiempos no pueden desligarse de lo que ha estado ocurriendo en las disciplinas humanísticas y de cómo se podría afrontar el debate sobre la «educación liberal» en general y los estudios literarios/culturales en particular. Hacemos hincapié en el valor de estos campos para la formación del estudiantado, entre el cual puede fomentarse idealmente una lectura discreta de los textos literarios y culturales y del mundo que lo rodea; un mundo saturado por la ubicuidad de los medios de comunicación y las llamadas «redes sociales», frecuentemente copadas por efímeros mensajes de fácil consumo que, tantas veces sin más filtro que el de las propias preferencias, vienen a reiterar una forma de pensar alérgica a la discrepancia, como hemos visto. Sin duda, el desarrollo de la capacidad para enfrentarse críticamente a este omnipresente entramado semántico no es patrimonio exclusivo de una sola especialidad académica, ni siquiera del conjunto de las humanidades. Se trata de tareas de las que ningún campo académico puede abstenerse, pues de ellas dependen, en buena medida, la perduración de las propias disciplinas y, lo que es más importante, la salud de nuestras democracias (Nussbaum).

Estas transformaciones sociales se dan en un contexto en el que los estudios literarios, y las humanidades en general, están siendo sometidos a unas presiones sin precedentes desde fuera y dentro de una universidad regida cada vez más de forma empresarial. Esto es así hasta el punto en que a los alumnos se les empieza a denominar «clientes» y se imponen rectores que vienen del mundo de los nego-

cios, como en el caso de la Universidad de Iowa, cuyo actual presidente fue elegido, contra el criterio del profesorado, por su experiencia de gestión en empresas que ni siquiera eran del ámbito educativo. Esta concepción de la educación superior nos llevaría, en palabras de Terry Eagleton, a la «lenta muerte de la Universidad» como centro de enseñanza y escrutinio que cuestiona las ideologías predominantes. Frente a ello, nos parece que el momento que vivimos, condicionado por una sensacional revolución tecnológica, la indiscriminada mercantilización de cada ámbito social, y la creciente tensión entre polos ideológicos, requiere más que nunca de los múltiples planteamientos que ofrecen las humanidades. Por supuesto, siempre resultará difícil cuantificar el valor de estas disciplinas bajo los imperativos econométricos que parecen guiar a los responsables de las instituciones educativas; sobre todo cuando las humanidades son la principal fuente de cuestionamiento de esos criterios. En Estados Unidos, miles de universidades y «colleges» participan de una manera u otra en este mismo debate, muchas de ellas poniendo en tela de juicio el sistema de «liberal education» que se había venido forjando desde finales del siglo XVIII.

En un libro sobre este asunto, Michael S. Roth nos recuerda que diferentes manifestaciones de este tipo de polémica han involucrado a lo largo del tiempo a figuras tan importantes como Thomas Jefferson (fundador de la Universidad de Virginia, y tercer presidente de Estados Unidos), para quien una importante función de la educación era «un camino para alejarse de la tiranía de la costumbre y el gobierno» (59); a intelectuales como Ralph Waldo Emerson, quien en mitad del siglo XIX abogaba por una educación que rechazara todo tipo de «imitación» y conformidad a favor de lo que denominaba «pensamiento a contrapelo» y «autonomía»; a intelectuales de la talla de Jane Adams, W. E. B. Dubois, y William James, pragmatistas que ampliarían el concepto de Emerson a finales del XIX; a filósofos de la talla de John Dewey en la primera mitad del XX; y, en nuestros días, a Richard Rorty, entre otros. Para estos últimos, la idea de «educación liberal» encaja bien con «el *ethos* pragmático que asociaba la investigación, la innovación, y el descubrimiento del yo» (Roth 9-10).

Este nuevo contexto hace resaltar la actualidad de una coexistencia precaria entre dos tradiciones humanísticas, la retórica y la filosófica: la primera privilegiaría una cultura común a la cual se irían uniendo los nuevos miembros del cuerpo social con sus propias aportaciones; la segunda, de tendencia escéptica, enfatizaría la noción de «pensamiento crítico» y un cuestionamiento de todo tipo de origen, tradición o «creencia popular» (Roth 60). Para algunos, esa misma postura crítica, extremada por el postestructuralismo, la deconstrucción y ciertos planteamientos posmodernos, habría contribuido a la percepción de unas humanidades poco accesibles por crípticas y, a veces, a posturas que en algunos de sus practicantes rozarían la intransigencia. El mismo Roth argumenta que el llamado «pensamiento crítico» no puede convertirse exclusivamente en un fin o en una industria, tal como parece haber ocurrido con la Critical Thinking Foundation y

sus «consejeros», quienes habrían encontrado una fórmula supuestamente apta para empaquetar conceptos y métodos conducentes a la formación de un «pensador crítico». Claro que estas actividades empresariales no quitan importancia a la idea de que cualquier tipo de educación liberal completa implica de una manera u otra abordar crítica y reflexivamente ideas y valores heredados. Para Roth, actualmente la mayor fortaleza de las humanidades radica en su capacidad para revelar cómo esos valores en el fondo no son tan democráticos como nos gustaría creer, ya que a veces se imponen subrepticamente sobre ciertos grupos vulnerables.

Teniendo esto en cuenta, no debemos dejar de preguntarnos cómo podemos contribuir a la educación de unos ciudadanos que funcionan en sociedades cada vez más saturadas de mensajes; es decir, cómo instruirles para que se conviertan en «lectores» de todo tipo de textos con capacidad de discernimiento y, paralelamente, en activos y conscientes participantes en la producción de sentidos. Ante la doble realidad de la creciente necesidad de la formación en lecturas críticas y la llamada crisis de las humanidades, Peter Brooks denuncia la «marginalización del pensamiento y análisis humanístico. La capacidad de leer críticamente los mensajes con que la sociedad, la política y la cultura nos bombardean es una formación necesaria hoy más que nunca en una sociedad en la cual cada vez más la manipulación de las mentes y los corazones es en lo que consiste manejar el mundo» (1). Brooks también nos recuerda que en el centro de toda actividad humanística está un acto interpretativo basado frecuentemente en una lectura disciplinada y profunda: «una práctica consciente de sí misma... que tiende a sugerir lo inadecuado de lo simple y lo seguro».

Como vemos, distintos participantes en el debate subrayan que lo que está en juego va mucho más allá del mantenimiento de ciertas áreas de conocimiento en las instituciones educativas. Para Daniel Innerarity, las actividades hermenéuticas que conforman el núcleo de los saberes humanísticos posibilitan la participación consciente en procesos sociales fundamentales. El filósofo español recalca el valor epistémico de unas prácticas sin las cuales no sería posible una democracia de calidad en la llamada «era de la información». Con la supervivencia de los estudios humanísticos y sus prácticas interpretativas está en juego «el destino de nuestras comunidades políticas... Este es el verdadero desafío de nuestro tiempo: interpretar para obtener experiencias a partir de los datos y sentido a partir de los discursos. Y es aquí donde las ciencias humanas y sociales se hacen valer como especialistas de sentido, como saberes que producen y evalúan significación». Para Innerarity, pues, las humanidades tienen hoy día una misión crucial en un contexto caracterizado por una combinación de gran incertidumbre y un flujo masivo de estímulos y datos. Frente a esto, que a tantos de nosotros nos parece obvio, algunos administradores de lo público (y, entre ellos, de las universidades) cuestionan de manera más o menos abierta el papel que las disciplinas humanísticas tienen tanto en las instituciones de enseñanza como en la sociedad en

general. Aunque esta postura siempre ha existido en algún grado, de un tiempo a esta parte ha tenido consecuencias palpables –y con frecuencia negativas– en las políticas educativas y el apoyo que distintas unidades desde las que se cultivan las humanidades (departamentos universitarios, centros de estudio, museos, etc.).

El estudio de las humanidades y la lectura de textos que van más allá de los tuits o de las «noticias a la carta» para los fieles resulta fundamental para la democracia. Trump maneja con habilidad las emociones de sus partidarios a través de los nuevos medios de comunicación. Ante ello, no es suficiente contar con las sátiras de comediantes como los que brillantemente satirizan el trumpismo desde espacios como *Saturday Night Live* o los populares programas de *late night* presentados por Stephen Colbert, Jimmy Fallon y Jimmy Kimmel. Tampoco basta con las críticas razonadas de periódicos como el *New York Times* y el *Washington Post*, o las de algunos programas informativos de radio y televisión, aunque son una parte indispensable de la formación continua a la que ninguna sociedad democrática debe renunciar. Ante el panorama que hemos descrito sucintamente, urge reivindicar la importancia de una lectura escéptica, capaz de penetrar los velos de la apariencia. Se trataría de alfabetizar a los lectores en los lenguajes que hoy definen la realidad, para que puedan navegar las complejidades en torno al tema de la «verdad» y la representación de la misma en esta segunda época inflacionaria de los medios de comunicación y los charlatanes que la definen (como han señalado, por un lado, David Castillo y William Egginton, y Nicholas Spadaccini y Timothy Frye). Las universidades y los programas de artes liberales en particular tienen un papel importante en la formación del estudiantado y, por ende, de la ciudadanía, pero urge recuperar cierto tipo de escepticismo saludable y alejarnos de posturas totalizantes y a veces totalitarias. Como apuntan Lilla y Susteain en sus respectivos libros, sería importante recuperar la noción de ciudadanía; los derechos y las obligaciones que implica para el bien común, así como nuestros deberes hacia los que menos tienen y pueden. En un contexto saturado por las redes sociales y otros medios de comunicación, y donde se respira un aire de individualismo extremo por un lado, y por otro unas políticas identitarias bien intencionadas, aunque a veces exclusivistas, no deberíamos perder de vista lo que tenemos en común y nuestras responsabilidades mutuas como ciudadanos. Al fin y al cabo, en democracia lo que somos se define por cómo nos tratamos los unos a los otros; y cómo nos dirigimos al otro es parte consustancial de esa relación.

## OBRAS CITADAS

ACLU: «Speech on Campus». <[www.aclu.org/other/speech-campus](http://www.aclu.org/other/speech-campus)>.

Peter BROOKS: «Introduction», en Peter BROOKS (ed.), *The Humanities and Public Life*, Nueva York, Fordham University Press, 2014, pp. 1-14.

- David CASTILLO y William EGGINTON: *Medialogies. Reading Reality in the Age of Contemporary Media*, Nueva York, Bloomsbury, 2017.
- Terry EAGLETON: «The Slow Death of the University», *Chronicle of Higher Education* (abril de 2015).
- Todd GITLIN: «Conservatives Say Campus Speech Is Under Threat. That's Been True for Most of History», *The Washington Post*, 11 de agosto de 2017.
- Daniel INNERARITY: «La sociedad de los intérpretes», *El País*, 16 de noviembre de 2010.
- Mark LILLA: *The Once and Future Liberal. After Identity Politics*, Nueva York, Harper Collins Publishers, 2017.
- Elliott C MCLAUGHLIN: «War On Campus», CNN, 1 de mayo de 2017.
- Jane MAYER: «Donald Trump's Ghostwriter Tells All», *The New Yorker*, 25 de julio de 2016.
- Martha NUSSBAUM: *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*, Princeton, Princeton University Press, 2010.
- Jake PEARSON: «And in this Corner... President Donald Trump», *Minneapolis Star Tribune*, 4 de julio 2017.
- Michael S ROTH: *Beyond the University. Why Liberal Education Matters*, New Haven, Yale University Press, 2014.
- Gerry SMITH: «Broadcast News Misses Ratings Bonanza With Too Little Trump», *Bloomberg Politics*, 22 de agosto de 2017.
- Nicholas SPADACCINI y Timothy FRYE: «Cervantine Fiction, Inflationary Media, and Reality Literacy», *A Polemical Companion to Medialogies. Reading Reality in the Age of Contemporary Media . Hispanic Issues Online, Debates 8* (2017), pp. 147-161.
- Cass R. SUNSTEIN: *# republic. Divided Democracy in the Age of Social Media*, Princeton, Princeton University Press, 2017.
- Donald J. TRUMP y Tony SCHWARTZ: *The Art of the Deal*, Nueva York, Random House, 1987.

.....  
LUIS MARTÍN-ESTUDILLO es profesor titular de Estudios Hispánicos y director de Estudios Europeos en la Universidad de Iowa. Entre sus publicaciones se cuentan numerosos libros y media docena de volúmenes coordinados. Es editor ejecutivo de *Hispanic Issues/Hispanic Issues Online*. Datos de contacto: Department of Spanish and Portuguese. 416 Phillips Hall. The University of Iowa. Iowa City, IA 52242 EE.UU.

NICHOLAS SPADACCINI es catedrático de Estudios Hispánicos y Literatura Comparada en la Universidad de Minnesota. Ha publicado numerosas ediciones y estudios sobre literatura y cultura españolas y latinoamericanas de la modernidad temprana. Es fundador y editor jefe de *Hispanic Issues* y de *Hispanic Issues On Line*. Datos de contacto: Department of Spanish and Portuguese. 204C Folwell Hall. University of Minnesota. Minneapolis, MN 55455 EE.UU.